

José LORITE MENA, *Pourquoi la Métaphysique? La voie de la sagesse selon Aristote*, Paris, ed. Tequi, 1977, 383 pp., 15 × 22.

El autor piensa que el *comentario*, como tipo de saber, no es suficiente por sí mismo. La investigación histórica exige una visión más amplia: "La *Metafísica*, en el caso preciso de nuestro trabajo, se sitúa en el corazón de esta problemática. Se trata de una de las obras más comentadas, tomada a menudo como modelo de sistema acabado, donde toda lectura se encierra en la paráfrasis" (p. 11), y a continuación afirma que "el contenido de ese enorme tratado, tal como nos parece que Aristóteles lo ha podido desarrollar, no es la elaboración de un sistema; se trata de un camino, de la adquisición progresiva de una visión de la realidad siguiendo un eje, un *tema*. La *Metafísica* es un aprendizaje".

En nuestra opinión esa afirmación de Lorite es cierta pero no exacta: Aristóteles puso los cimientos de la *Metafísica*, siguiendo el arduo camino de todo descubrimiento importante y difícil, y esto durante casi cuarenta años de trabajo; sin embargo su ontología tiene un substrato sistemático, es decir se trata de la elaboración de una nueva ciencia: la *ciencia primera*, aunque no *sistemáticamente* expuesta ni *completa*; este trabajo queda para las generaciones que le sigan. Toda ciencia en sus balbucesos, difícilmente llega a una exposición sistemática, y, por el contrario, está llena de idas y venidas, de lagunas y también de errores; sin embargo el *sistema* subyace ahí, porque si no se trataría de una pseudo-ciencia.

A lo largo de la Tesis de Lorite, porque su libro viene de la Tesis que fue presentada en la universidad de Friburgo (Suiza), se desvela la pregunta "Pourquoi la Métaphysique?". Dice el Autor que su método "responde al deseo de seguir este aprendizaje de Aristóteles. Aspira a poner de manifiesto un acostumbamiento a mirar la realidad física de manera que pueda conducir a la sabiduría. Pretendemos seguir la evo-

lución de la encuesta aristotélica comentando los pasajes que parecen mostrar de una forma precisa la originalidad y los eslabones de su caminar (A, E, Z, H, Θ y Λ). De hecho nuestro análisis no pretende ser exhaustivo y extenderse a todos los libros de la *Metafísica* (...) Nosotros ensayamos, pues, seguir un pensamiento en su caminar personal hacia la sabiduría” (p. 11). Queda claro el propósito del autor, que piensa seguir un camino diferente del *comentario*, y que sin embargo de hecho, como acabamos de leer, en el fondo se propone hacer un comentario. Para aclarar esta paradoja pueden ser útiles las palabras que abren el Prefacio:

“Las investigaciones filológicas del siglo XIX han suministrado los elementos de base para un estudio histórico de los textos. El siglo XX abre así una nueva etapa en los estudios aristotélicos. ¿Se trata del final del comentarismo? Ciertamente las perspectivas inéditas de las ciencias humanas ponen en duda el papel del mismo comentador, o, más bien, la estructura de saber que encarna (...) su saber es un saber que se pliega sobre sí mismo, así ‘lo propio del saber no es ni de ver ni de demostrar, sino de interpretar’ (Foucault, *Les mots et les choses*, Une archéologie des sciences humaines, Paris 1966)”. Queda claro, pues, que la metodología que se propone seguir el autor es interpretar y no demostrar, como dice también más adelante preguntándose:

“¿Se puede emprender una investigación sobre Aristóteles a partir de las estructuras legadas como ‘aristotélicas’ por la historia?”, y más adelante, citando palabras de P. Aubenque —cuya autoridad es aportada con frecuencia— responde: “Nuestra ambición es simple y se resume en pocas palabras: no pretendemos aportar ninguna novedad sobre Aristóteles, sino por el contrario intentar desprender todo lo que la tradición *ha añadido* al aristotelismo primitivo”.

Da la impresión por tanto de que el autor intenta establecer un método de trabajo opuesto al *comentario*; pensamos que, si se evita el exclusivismo, el método es interesante, independientemente de los resultados que se puedan alcanzar. Sin embargo nos parece que el comentario, que merezca tal nombre, sigue siendo un método válido, pero debe ir acompañado de todos aquellos estudios paralelos que lo hacen profundo y constructivo y evitan la simple *paráfrasis* más o menos erudita. Además, para alcanzar el texto primigenio de Aristóteles, las intuiciones del comentarista son el punto de partida que luego deberán apoyarse en estudios *positivos* que —en el supuesto de que sean ciertos— le darán la imprescindible solidez. El camino inverso es muy elegante y lógico, pero, con no poca frecuencia, es irreal. Tampoco, pensamos, se puede afirmar una *preferencia metodológica*: aún en un mismo autor dependerá de la obra a estudiar; concretamente en la *Metafísica* de Aristóteles es muy posible que el *comentario* al texto —en el sentido que acabamos de expresar— aporte más discernimiento sobre el pensamiento auténtico del Estagirita que el dato positivo obte-

nido a partir de una crítica histórico-filológica o una "arqueología" como han hecho los análisis de W. Jaeger, P. Moraux, I. Düring, según indica el propio autor.

Quizá el preámbulo que Lorite pone a su obra sea una concesión a las filosofías de corte neopositivista en boga, sin caer en los extremos de "les mots et les choses" de M. Foucault. El estudio que nos ocupa, a pesar de esas afirmaciones de principio, viene a situarse en una *via media*: el autor nos presenta un magnífico trabajo y —efectivamente— nos lega una *metafísica* de Aristóteles *tal cual fue*, precisamente porque su formación es metafísica, valga la redundancia; sólo así —con la filosofía del sentido común— se puede leer a Aristóteles correctamente.

El título de la Tesis "Pourquoi la Métaphysique?" resulta revelador: indica el interés del autor por seguir las huellas del Filósofo y su convencimiento acerca de la necesidad y posibilidad de la Metafísica, del que carecen, entre otros, los empiriocriticistas, neopositivistas y estructuralistas. El autor aporta firmes apoyos a esta senda del "sentido común" y no piensa en un estudio encerrado en la "univocidad del lenguaje" (p. 104) y menos en un "estudio arqueológico"; así, nos dirá: "el modo de ser (existir) de las categorías exige la analogía. Y esto no puede ser aceptado sin una superación efectiva del lenguaje. Aun que rehúsa aceptar esta superación en Aristóteles; esto es lógico puesto que gran parte de su análisis está construido sobre la univocidad, por tanto sobre el lenguaje" (p. 104).

Pensamos que el autor sigue el mismo camino que se propuso Aristóteles, y que también siguió su mejor comentarista, Tomás de Aquino: llegar a Dios, Bien Supremo, a través de la Creación. "Per ea quae facta sunt": la Creación es la mejor escritura que jamás se ha inventado y que lleva a la *Filosofía primera*: el estudio del τὸ ὄν ἢ ὄν, centro del pensar de Aristóteles y del trabajo que nos ocupa. Aristóteles supera por tanto el *positivismo* biológico o físico como Santo Tomás de Aquino supera el *existencialismo*, pues su filosofía es la "philosophia essentiae et existentiae" que no confunde y no separa ambos principios universalísimos. Aristóteles, como muy bien muestra la Tesis de Lorite, se acerca a la posición que tuviera Santo Tomás pero no la expresa con la contundencia y claridad del Aquinate. El primero "entiende para creer"; el otro, además, "cree para entender". Las propias palabras del autor nos lo explican: "La evolución de Aristóteles no debe ser medida únicamente según los términos que emplea, sino también según su actitud frente a la realidad (...) El que Aristóteles se interese profundamente por los estudios 'positivos' (la realidad sensible), no implica necesariamente oposición a su intención teológica (...) si su proyecto no es de tipo platonizante, estos estudios nada contradicen una

nueva concepción para *acercarse* a lo divino a partir del mundo físico (...) Esta visión es inseparable de su interés por el mundo físico, y lleva consigo la exigencia de una nueva ontología; una ontología que precisará largos años para afirmarse, haciendo real, por ese camino, *su teología*" (pp. 112-113).

El trabajo que nos ocupa, por tanto, muestra con claridad cuál es el propósito de Aristóteles: remontarse hasta los primeros principios y primeras causas, objeto de una *filosofía primera* que es un caminar hacia Dios. El punto central es el sentido del τό ὄν ἢ ὄν: "¿Es ésta la ciencia del Ultimo Bien, o es el medio para alcanzarlo? (...) Estas dos dimensiones son complementarias, bien que distintas e inseparables" (pp. 77-78). Sin embargo para llevar a cabo esta empresa no basta con llegar a la comprensión de la οὐσία, es preciso calar más hondo, distinguiendo el orden formal del trascendental. La substancia, como forma, requiere ser actualizada por el *esse*, acto intensivo, con respecto al cual la substancia se comporta como coprincipio potencial. Es la idea que expresaría con toda claridad Santo Tomás.

Nos hemos detenido en el paralelismo entre estos dos máximos filósofos porque lo echamos de menos en el trabajo de J. Lorite Mena. Pensamos que hubiera servido para dar más coherencia y solidez a su labor de investigación como contrapunto entre dos grandes síntesis. Aristóteles dio, y en ocasiones sólo barruntó, ideas geniales pero su caminar no es sistemático ni faltan múltiples incoherencias en sus afirmaciones (o en lo que nos han legado los siglos). Santo Tomás tuvo la genialidad de poner de manifiesto el *sistema*, la ciencia primera que subyacía en su obra y le dio mayor alcance en una síntesis mucho más cercana a la exposición sistemática. Son interesantes las afirmaciones al respecto de E. Gilson:

"Así se comprende la razón del hecho observado por uno de los mejores intérpretes de Aristóteles (O. Hamelin, *Le système d'Aristote*), y que muchos de sus lectores han debido notar, además, por sí mismos: 'en el verbo ἐστί, el sentido del existir y el que pertenece a la cópula se confunden curiosamente', pues 'Aristóteles mezcla muy confusamente los dos sentidos del verbo *ser*' es decir, el ser de la existencia y el de la predicación. Quizá sería mejor decir, no obstante, que más que mezclarlos, Aristóteles no los distinguió (...) Al retomar según su propio parecer la ontología y la lógica de Aristóteles, Santo Tomás las ha traspuesto, pues, de su tono original, que era el de la esencia, a su propio tono, que era el de ser. La ontología de Santo Tomás, considerada en lo que aporta de novedad en relación a la de Aristóteles, es una doctrina del primado del acto de existir. (...) Por esta razón la metafísica de Santo Tomás persigue a través de la esencia del *ente en tanto que ente* aquel supremo existente que es Dios" (E. Gilson, *El Tomismo*, pp. 266 y ss., Eunsa, Pamplona 1978).

La *Metafísica*, además, trasciende el lenguaje con que se expresa, y sus principios —por ser de “sentido común”— son alcanzables con la lectura directa de un texto como el aristotélico, a pesar de haber transcurrido más de dos milenios, sin la precisa necesidad de estudios histórico-filológicos, arqueológicos, etc., de su obra metafísica, aunque mucho ayuden. En otras materias y ciencias no cabría hacer esto sin grave riesgo.

Entre otras cosas Lorite demuestra que no cabe duda de que Aristóteles llega a la necesidad del primer motor inmóvil. El eje de su investigación es el $\tau\acute{o}\ \delta\upsilon\nu\ \eta\ \delta\upsilon\nu$: “Esta expresión designa la οὐσία, pero expresándola (haciéndola visible) de una manera diferente, lleva a un nivel de comprensión distinto del de Platón (...) La determinación existencial (οὐσία) es experimentada en un encuadre dinámico incesante. Cada realidad es en la medida en que se reconstituye en cada instante como un ejercicio de existencia. La realidad es pues comprendida bajo la tensión de dos polos complementarios que marcan los sillares de la existencia. La determinación que acepta la fijación del presente y el dinamismo que exige la novedad, la unión del pasado y de lo por venir, como garantía de existencia” (p. 334). Pero Aristóteles, con su doctrina del acto y de la potencia, no acaba de delimitar la autonomía de este acto —es (acto de un acto: οὐσία)— por no lograr distinguir entre *esencia* (quidditas) y *existencia*, acto de ser, que le abriría definitivamente el camino hacia la divinidad, no sólo primer motor inmóvil, acto puro, sino: “Yo soy el que Soy”: “*ipsum esse subsistens*”.

J. Lorite Mena, acaba su trabajo con las palabras:

“Si la transcendencia exige una separación, la comprensión exige una continuidad, y Aristóteles quiere hacer una teología comprensiva, y no una teología de la negación. La continuidad se halla fundada sobre el *es*. La teología de Aristóteles posee un carácter propio que proviene, ante todo, de la manera en que su ontología condiciona y prepara el ‘contacto’ de la realidad primera”. En nuestra opinión, condiciona y prepara, pero no llega porque no se pregunta por la transcendencia del acto de existir de la οὐσία; el ente *existe* simplemente, eso es todo. Este es el motivo de nuestro hincapié en que un estudio de la *Metafísica* de Aristóteles, sin el constante contrapunto con los progresos habidos en la misma a lo largo de los siglos, queda necesariamente incompleto. La Síntesis de Santo Tomás no ha sido superada en sus líneas fundamentales; el autor la tiene presente, por lo menos implícitamente, por su formación; su obra es sin duda importante, pero hubiera sido más completa y su línea de exposición más coherente, con una clara y decidida referencia en su comentario.